

Alberto Manguel / Escritor

“Nuestras sociedades no creen en el prestigio del acto intelectual”

por Jaime Fernández

Las sociedades modernas no creen en el prestigio del acto intelectual, según afirma Alberto Manguel en esta entrevista, porque mientras, por un lado, incitan a la lectura con campañas publicitarias, por otro, pregonan lo contrario con el ejemplo. Además, opina que el libro no nos obliga a un cambio moral porque el aprendizaje que puede extraerse de la lectura “es muy frágil, sutil y evanescente”

¿Para qué sirve leer, además de para entretenerse?

Para que la lectura sea una actividad útil y se afine en nosotros tiene que llevar implícito un elemento de placer. La visión que la sociedad se forma de la lectura está en continuo cambio y todas las funciones que le atribuye son ciertas. Sin embargo, hay en el acto de lectura una actividad fundamental y necesaria, que es la de pensar. La lectura no nos conduce necesariamente a ninguna de esas funciones pero sí creo que la actividad repetida de la lectura nos ayuda a aprender a pensar.

Usted ha criticado las campañas de fomento de la lectura.

Dudo de la utilidad de las campañas que promueven la mayor parte de los gobiernos para activar la lectura porque ellos son los primeros en no creer en el principio que pregonan. Por utilizar un ejemplo socorrido: sabemos que sería muy fácil hacer que la gente dejase de fumar si se suspendieran los apoyos a las compañías tabacaleras, se incrementaran los impuestos, se habilitaran centros de desintoxicación, etc. Pero nuestros gobiernos prefieren instalarse en la hipocresía, alentando, por un lado, la industria tabacalera y por otro, insistiendo en los efectos nocivos del tabaco. Con la lectura sucede lo mismo. Todas esas campañas que pretenden mostrar que el lector es más inteligente que el que juega con un vídeo, suelen estar mal concebidas. No se trata de acusar a un gobierno en particular por la forma en que organiza o diseña ese tipo de campañas. Lo que quiero decir es que nuestras sociedades no creen en el prestigio del acto intelectual, pues mientras incitan a la lectura, el ejemplo que propagan es que ésta carece de validez.

La lectura tiene unas cualidades opuestas a las del ordenador: profundidad, detenimiento, un tiempo propio de reflexión y, sobre todo, una solidez del texto

Las buenas intenciones no se corresponden con los hechos.

La lectura, como la educación, es un acto intelectual gratuito por sí mismo. Pensar constituye una de nuestras actividades vitales. Su propósito fundamental es vivir. Se educa

para que sigamos vivos. Ahora bien, la actividad intelectual es también peligrosa porque nos da una cierta independencia, la única de la que podemos disfrutar, y yo creo que para cualquier sistema de control o de gobierno este objetivo resulta peligroso. La actitud de nuestras sociedades frente a la actividad intelectual recuerda a aquella costumbre, imperante hasta principios del siglo XX, de envolver con vendas los cuerpos de los bebés para evitar que se moviesen.

¿De qué manera la revolución tecnológica influye en la actividad lectora?

Al igual que la lectura, la actividad ante el ordenador sigue siendo individual. Pero la comparación entre uno y otro medio es falsa. Toda nueva tecnología toma su vocabulario de la tecnología precedente con el propósito de reemplazarla. Parece como si sospechásemos que el espacio intelectual es limitado. Cuando inventamos una nueva forma de crear nos parece que deba desaparecer otra y de hecho así ha ocurrido a lo largo de la historia con la fotografía y la pintura, el cine y el teatro y el vídeo y el cine. Para el libro hemos elegido la tecnología electrónica como candidata a reemplazarlo. Sin embargo, pienso que se trata de una asociación falsa.

¿En qué se diferencian la tecnología electrónica y el libro?

Aunque la tecnología electrónica y el libro comparten la escritura y la lectura, no comparten ninguna de las cualidades esenciales de lo que entendemos por lectura de texto, la lectura asociada al acto de reflexionar. Las cualidades típicas de la tecnología son la velocidad, la brevedad, la superficialidad textual y su inmaterialidad, lo que constituye un obstáculo para la lectura de textos largos. En cambio, la lectura tiene unas cualidades opuestas a las del ordenador: profundidad, detenimiento, un tiempo propio de reflexión y, sobre todo, una solidez del texto.

¿No se estará confundiendo el medio con el fin?

Con el fin de vender tecnología electrónica se ha convencido a los gobiernos y a las bibliotecas para que reemplacen fondos enormes con tecnología electrónica, lo que está resultando catastrófico. Incluso se ha publicado un estudio en el que se describe la destrucción de colecciones enteras de libros en Estados Unidos para pasarlas a microfilm o disco. Lo que subyace en este fenómeno es una guerra contra el acto intelectual. Le voy a contar una anécdota. En San Francisco decidieron construir una nueva biblioteca porque la que tenían se había quedado pequeña. Pero el edificio se construyó no a partir de una reflexión intelectual sino según la inspiración de un arquitecto. El resultado fue que la nueva biblioteca era más reducida que la que se destruyó. Entonces el director propuso que, en lugar de ampliar el espacio, se quemasen los libros que no habían sido retirados de los anaqueles en los últimos veinte años. Es el colmo que un bibliotecario mande quemar libros. La otra cara de la anécdota es que para salvar los libros de la quema, los bibliotecarios entraban por la noche en la biblioteca y falsificaban las fechas inscritas en ellos. Estas cosas ocurren en una sociedad en la que el acto intelectual carece de prestigio.

Nunca como ahora hemos tenido tantos medios para acceder al saber.

El hecho de que tengamos acceso a una enorme cantidad de información no significa que sepamos a qué información acceder y cuál es el valor intelectual de ésta y su relación con el contexto en el que ha sido dada. Un libro nos ofrece no sólo la información del texto que contiene sino del lugar donde ha sido impreso, de su autor, y su vinculación con el contexto

de otros libros. Internet es maravillosa para quien necesite inmediatamente el texto de La Celestina porque no lo tenga a mano. Pero no sé hasta que punto la velocidad en la obtención de esa información es más importante que el azar que produce el encuentro con otra información en los anaqueles de una biblioteca.

Otro problema que plantean los libros es la ignorancia creciente ante el pasado.

Nuestro presente está desvinculado de su pasado. Y derivada de esa desvinculación es la pérdida de los vocabularios contruidos a través de siglos para asentar la experiencia y dar testimonio de ella. Vamos a tener que reconstruir ciertas cosas rápidamente y de forma incompleta si queremos sobrevivir. Estaremos huérfanos del diálogo con el pasado si no accedemos a los vocabularios históricos, mitológicos, religiosos, etc.

Y tampoco podremos entendernos unos con otros.

Cuando se carece del sentido del tiempo, se carece también del sentido de la vida y de la muerte y de aquello que nos une con otros seres humanos y de nuestra responsabilidad hacia ellos.

Esa incomprensión puede desembocar en el odio hacia el otro.

En El poder y la gloria, de Graham Green, se dice que el odio denota una falta de imaginación. Porque no podemos imaginar al otro tenemos que odiarlo. Una política como la de Bush, que es antiintelectual, promueve el odio a través de una falta de imaginación y que consiste en poner a cuenta del otro nuestras angustias, justificando así su eliminación.

¿No cree que hemos idealizado la época en que la burguesía occidental leía y era culta?

No todo el mundo leía entonces a Tolstói o Dickens. Hoy también se lee a buenos autores en mayores proporciones que entonces. Luego está una ilusión proveniente del Romanticismo, según la cual la cultura de por sí nos hace mejores. Los objetos culturales son inanimados, funcionan como efectos físicos en el mundo. Carecen de voluntad propia para movilizar, aunque encierren la posibilidad de hacer ciertas cosas. Simplemente, unos aprovechan esa posibilidad y otros no.

Entonces, ¿la literatura no ofrece soluciones?

La literatura no define nada nunca. Nos ayuda a pensar, pero el pensamiento no es concluyente. Toda idea lleva a otra idea. Podemos estar seguros de que cuando vemos las cosas en blanco y negro estamos equivocados. Uno y uno son dos sólo dentro de ciertas matemáticas. Las verdades de la cultura no son absolutas. De ahí que nos resulte mucho más fácil volcarnos en un texto demagógico precisamente porque es concluyente.

“El libro no nos obliga a un cambio moral”

¿Cómo fue posible que Alemania, uno de los países más cultos del mundo, sucumbiera al mundo simplista de Hitler?

Hay que partir de la idea de que el libro no nos obliga a un cambio moral. Puede hacernos mejores o no. Porque el aprendizaje que obtenemos de un libro es muy frágil, sutil y evanescente y el cambio a que pueda inducirnos nunca será necesariamente profundo. Necesitamos continuar ejercitando ese músculo. Si de pronto el mundo que nos rodea, la sociedad que hasta entonces ha favorecido el estudio y la cultura, como ocurría en Alemania en el año 1930, declara que la culpa de tal crisis la tiene el otro, como en estos momentos hace el presidente Bush, entonces es probable que pensemos que al fin hemos encontrado una respuesta concluyente que pone fin a las dudas y ambigüedades características de la realidad.

“No nacemos sabiendo cómo enfrentarnos a un libro”

¿Qué opina de la idea de Steiner de instaurar unas casas de lectura?

Estoy de acuerdo con Steiner en la noción de enseñar a leer como una actividad constante y pública, pero, insisto, eso depende de la voluntad de la sociedad. Si ésta piensa, a través de sus poderes, que una actividad valedera es aquella que rinde un fruto económico entonces necesariamente la lectura no entra en esa categoría. No nos faltan sistemas ni métodos de lectura. Hay una enseñanza del acto social de la lectura que puede hacerse fácilmente. No nacemos sabiendo cómo enfrentarnos a un libro. La gente es inteligente y les gusta pensar y desarrollar una actividad intelectual sólo que tiene que hacerlo en circunstancias en las que no todo lo que les rodea les diga que leer supone un acto deleznable. Ante semejante presión la gente termina leyendo en secreto o sencillamente abandonando la lectura.

Alberto Manguel nació en Buenos Aires en 1948. Ciudadano canadiense desde 1988, la carrera diplomática de su padre le llevó a vivir su primera infancia en Israel, donde un aya checa le enseñó alemán. De su madre aprendió inglés, lengua en la que escribe y, según él, en la que mejor se expresa. Amigo y lector de Borges ya ciego, Manguel se considera “un historiador de la lectura”. Dueño de una biblioteca de unos 50.000 volúmenes, es un devorador de libros. Ha vivido en Italia, Reino Unido, Tahití y Canadá. Ahora reside en Francia. Ha cultivado el mundo de las letras en todas sus facetas, lo que le ha granjeado una notable reputación internacional. Algunas de sus principales obras, como Una historia de la lectura, En el bosque del espejo, Noticias del extranjero o la más reciente, Leer imágenes, están publicadas por Alianza Editorial.